

THE

STAMP & BARK TONIA  
MILANO 1978  
MECA

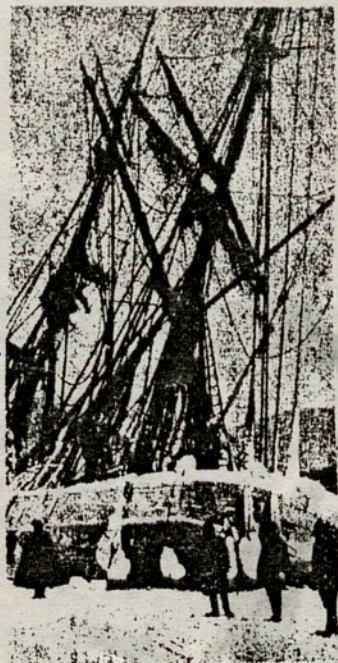




"Algún dia,  
 levantarán brazos y voces las silentes.  
 Entonces, de la mar,  
 ya al acecho, subirán  
 corrientes subterráneas  
 para limpiarlo todo.  
 Para dejar al descubierto  
 la verdadera forma  
 de las cosas."

Mari Chordà -  
 Quadern del cos i l'aigua

14  
 1985  
 1985



(a Carmelo Sanchis Pellicer,  
 filósofo y poeta.  
 Correcilla de alcaniz 1.955  
 Barcelona 1.985)

Barcelona, 7 Abril de 1.985. Depósito legal: 1.985  
 2ª edición de 100 ejemplares (Narraciones con)

Portada: Rótulos (Jordi Trullén), y dibujo } Josep Orea ©  
 pintura }

Pintura pág 1: Josep Orea ©

Contraportada: Dibujo de Jordi Trullén ©

Pág 3: dibujo de Jordi Trullén

Pág 12: Collage de Jordi Trullén y grafitos de Víctor Esteban

Elementales: Victoria Sáizla Ortiz, págs: 1, 4, 5, 6, 7, 7, 11 y 13

los dibujos y los cuentos: MARE

Chordà: Quadern del cos i l'aigua 2ª edició  
 de la mar. Barcelona



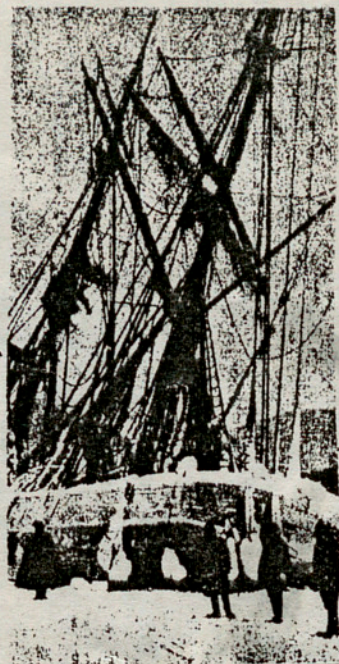
"Algun día,  
levantarán brazos y voces las silentes.  
Entonces, de la mar,  
ya al acecho, subirán  
corrientes subterráneas  
para limpiarlo todo.  
Para dejar al descubierto  
la verdadera forma  
de las cosas."

Mari Chordà -

Quadern del cos i l'aigua



(a Carmelo Sancho Pellicer,  
filósofo y poeta.  
Correülla de Alcaniz 1.955  
Barcelona 1.985)



Barcelona, 7 Abril de 1.985. Depósito legal: 5  
2ª edición de 100 ejemplares

Portada: Rótulos (Jordi Trullén), dibujo y pintura: José Orea ©

Pintura pág 1: José Orea ©

Contraportada: Dibujo de Jordi Trullén ©

Pág 2: dibujo de Jordi Trullén

Pág 12: Collage de Jordi Trullén y grafitos de Víctor Esteban

Instrumentales: Victoria Javila Ortiz, págs: 1, 4, 5, 6, 7, 9, 11 y 13

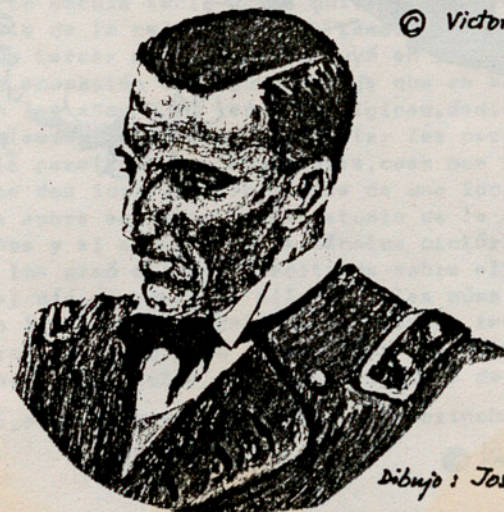
los dibujos y los cuentos: **MARE**

Chordà: Quadern del cos i l'aigua 2ª edición  
de la editorial. Barcelona

# Lección de Geografía

Entre ostentosas formas de alargadas flores de dientes amarillos, que crecen en las estepas y en las laderas de montañas inexpugnables, que probablemente no hayan sido jamás conquistadas (sus cumbres). Allí el asno trepa con facilidad y aunque atemorizado por lo raro de las formas de piedras y arbustos, allá donde misteriosamente sólo llega la luz de la luna y la proyección de la sombra embalsamada de la arena, entre hallazgos de tesoros y mástiles con banderas y emblemas, arrojados desde el mar y ángeles de blancas facciones arrojados o lanzados ellos mismos desde un cielo, que se empeña en ser negro aunque otras veces rosada túnica o azafrañado sol, del que llegan hirientes y dorados rayos (un mapa de Africa del magazine National Geographic. Baltimore. A. Hben and Co. Imprimé. July, 1.936.). Y al resguardo de los templados vientos que trajo consigo el mediodía y la aterida llamarada del crepúsculo, los pertinaces viajeros, montaron en tres rojizos yaks, con los cuales vadearon el torrente que afluye desde la peligrosa selva, combinaron el amanecer y el ocaso con brillantes recorridos, entre aullidos de pájaros y fieras de colores brillantes; así hasta el inevitable encuentro con la pagoda, solitario lugar, donde sin duda yacerían enterrados los cuerpos del antiquísimo elefante, la enigmática y negra pluma de tucán y la medalla de Aderta, piadosa mujer que custodió la pagoda durante dos siglos y que murió al fin entre rezos atacada por el gigantesco pájaro proveniente del Brasil (de lo cual ya había sido advertida por una nubecilla de color verde, estrato nuboso que había desaparecido en el anochecer del día anterior) con una mancha de morado en su vientre y otra misión que el enorme pájaro realizó después de aquella, asustando a unos monjes que pisaban las nieves de una montaña aún prohibida para los monjes y para las hormigas y para los viajeros de nariz colorada por el frío de tales regiones..

© Víctor Esteban



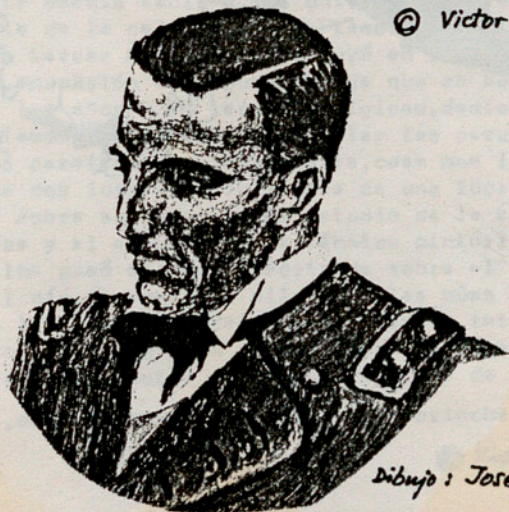
Dibujo: José Orea ©



# Lección de Geografía

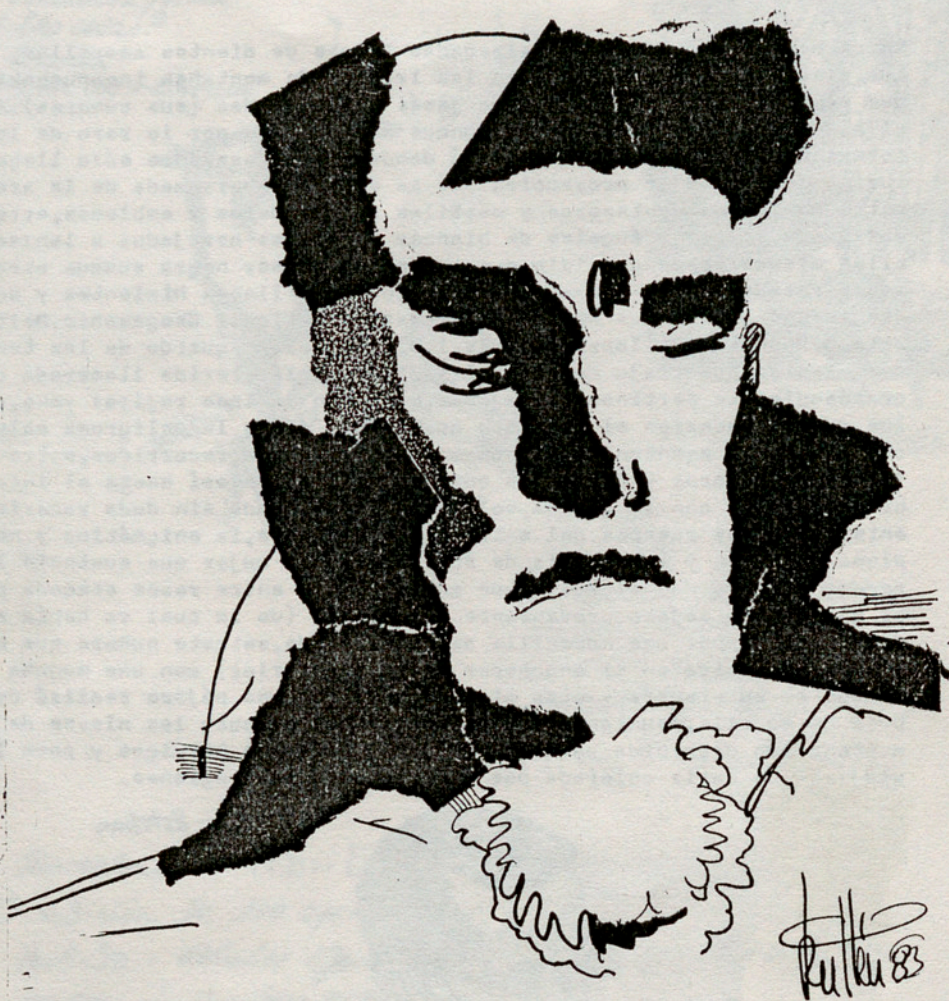
Entre ostentosas formas de alargadas flores de dientes amarillos, que crecen en las estepas y en las laderas de montañas inexpugnables, que probablemente no hayan sido jamás conquistadas (sus cumbres). Allí el asno trepa con facilidad y aunque atemorizado por lo raro de las formas de piedras y arbustos, allí donde misteriosamente sólo llega la luz de la luna y la proyección de la sombra embalsamada de la arena, entre hallazgos de tesoros y mástiles con banderas y emblemas, arrojados desde el mar y ángeles de blancas facciones arrojados o lanzados ellos mismos desde un cielo, que se empeña en ser negro aunque otras veces rosada túnica o azafranado sol, del que llegan hirientes y dorados rayos (un mapa de Africa del magazine National Geographic, Baltimore. A. Hben and Co. Imprimed. July, 1.936.). Y al resguardo de los templados vientos que trajo consigo el mediodía y la aterida llamarada del crepúsculo, los pertinaces viajeros, montaron en tres rojizos yaks, con los cuales vadearon el torrente que afluye desde la peligrosa selva, combinaron el amanecer y el ocaso con brillantes recorridos, entre aullidos de pájaros y fieras de colores brillantes; así hasta el inevitable encuentro con la pagoda, solitario lugar, donde sin duda yacerían enterrados los cuerpos del antiquísimo elefante, la enigmática y negra pluma de tucán y la medalla de Aderta, piadosa mujer que custodió la pagoda durante dos siglos y que murió al fin entre rezos atacada por el gigantesco pájaro proveniente del Brasil (de lo cual ya había sido advertida por una nubecilla de color verde, estrato nuboso que había desaparecido en el anochecer del día anterior) con una mancha de morado en su vientre y otra misión que el enorme pájaro realizó después de aquella, asustando a unos monjes que pisaban las nieves de una montaña aún prohibida para los monjes y para las hormigas y para los viajeros de nariz colorada por el frío de tales regiones..

© Victor Esteban

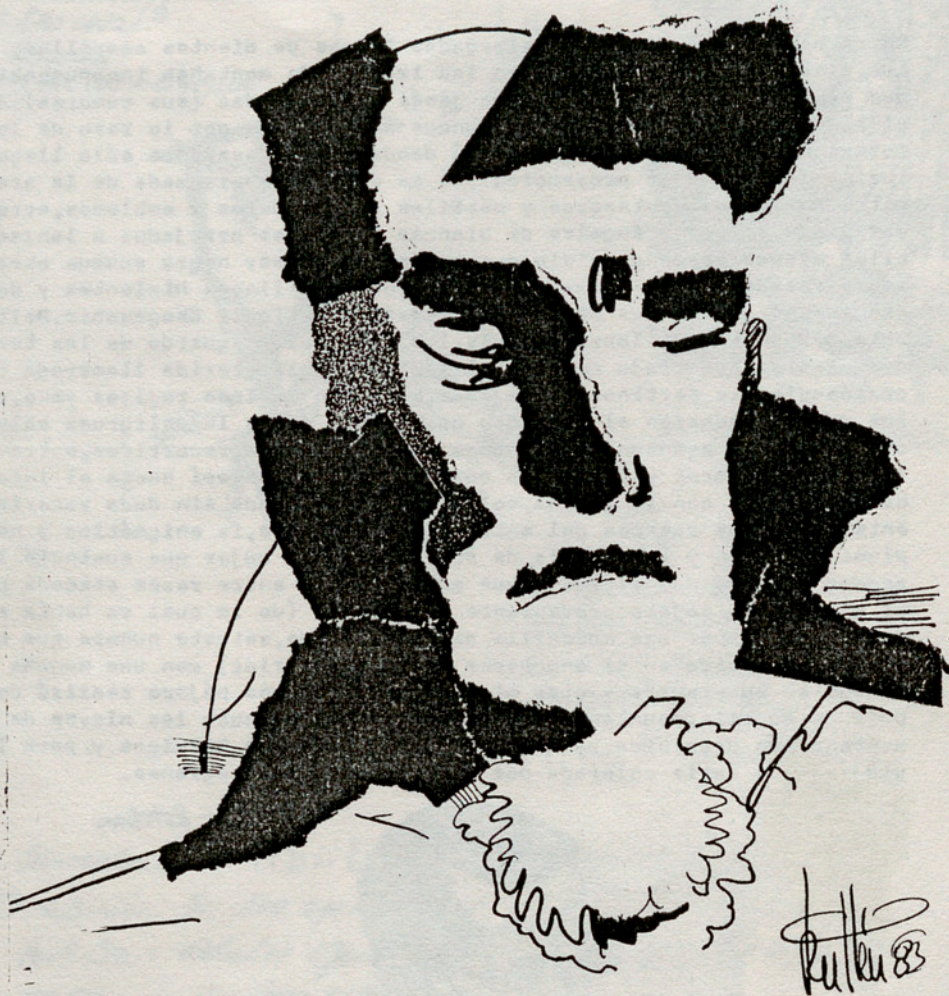


Dibujo: José Orea ©









# EL CUADRO DE LA CRUZ

A L. Dunsany

En el desasosiego del que mana una tempestad, se encontraba el debilitado monje, no sabiendo si evocar sus pasadas glorias militares en Egipto o aquellas otras en las noches vienesas, en las que perfumadas ceras se derretían a la luz de la luna en una ventana, en la que a su través amarilleaba una esplendorosa habitación. Ahora miraba la fuente y los árboles del claustro del convento, los arcos góticos y el techo labrado de símbolos, imaginando que su vida se le escapaba, por cada una de las gotas de agua que retornaban a la fuente en su caída. La tumba ya cavada lo aguardaba y en el lúgubre camastro de su celda, a la luz de la vela que derretía sus noches, volvía a construir pasados momentos en el desordenado laberinto de su memoria. Al recorrer su vista la celda en penumbra reconoció adosado a la pared aquel cuadro pintado por el holandés Bloemaert <sup>(1)</sup> y que éste había titulado "la agonía de Cristo". Esta pintura que ahora contemplaba en la penumbra de ténue luz lo trasladó a la ensoñación del paisaje que era el fondo del cuadro, el monte Calvario. Apagó la vela y lo contempló a la pálida luz que se filtraba por la ventana. Vió ahora en él, una indicación, algo que presagiaba un futuro hecho. La figura de Cristo se había movido en la oscuridad del barniz envejecido y al encender de nuevo la vela contempló con serenidad el cambio; las gotas de sangre que enrojecían las espigas de la corona del redentor, seguían cayendo una tras otra, sobre la frente del mesías, pero ahora, eran de verdad. La oscura cruz seguía irguiéndose sobre los tres soldados romanos y María; el pergamino que ondeaba sobre el atormentado cuerpo del hombre conservaba sus cuatro letras I. N. R. I. Con el tiempo, el monje había aprendido a respetar lo secreto del milagro que en el cuadro se había operado y era por ello que aún le costaba más el ponerlo en conocimiento de sus superiores; sin embargo, alguien rezaba en sus adentros para conseguir una bula, un secreto reconocimiento; por ello ahora, cuando cerraba los ojos aguardando el breve sueño, pensaba en el cuadro como proyección de sí mismo, entendedor de la sagrada superioridad redentora de sus antiguos pecados. Al tocar las cinco se despertó con singular pereza. Era ya otro el que miraba desde sus ojos y ese otro lo sustituía bajo los hábitos, ninguno de los otros monjes se apercibió de la sustitución y el otro monje allí trasladado permaneció diez años en el convento y amó al igual que su antecesor, aquel cuadro de Bloemaert; así hasta que una noche, vió moverse al Mesías en su cruz de la oscura tabla y las gotas de sangre deslizarse por las espigas y caer al suelo de la celda. Callando también el milagro, el monje apagó la luz, hasta que un tercer monje lo sustituyó en los mismos hábitos, disipándose en la mundana ocupación el segundo monje que en aquella celda había morado. Transcurrieron los años y el tercer religioso, dedicado (amante del arte antiguo, como era) su tiempo en la celda a estudiar las peculiaridades de la tabla, para lo cual, pidió permiso a sus superiores, cosa que le fué dada hacer. Estudió la tabla durante dos lustros, sirviéndose de una lupa que casualmente había encontrado un día sobre su camastro. El estudio de la composición de las figuras le ocupó dos años y el estudio de la técnica pictórica un año más, los restantes siete años los pasó el monje meditando sobre el cuadro, casi doce horas diarias. Llegado el día, se operó el milagro y las púas se enrojecieron de sangre verdadera, algo le hizo dudar del fenómeno en su interior, un dolor repentino le hizo retorcerse, luego cayó muerto sobre el camastro de su celda, de la corona de espigas, caían gotas de sangre al suelo de la celda.

(1) Abraham Bloemaert, pintor holandés, grabadista (Gorinchen 1.564-Utrecht 1.651)



## EL CUADRO DE LA CRUZ

A L. Dunsany

En el desasosiego del que mana una tempestad, se encontraba el debilitado monje, no sabiendo si evocar sus pasadas glorias militares en Egipto o aquellas otras en las noches vienesas, en las que perfumadas ceras se derretían a la luz de la luna en una ventana, en la que a su través amarilleaba una esplendorosa habitación. Ahora miraba la fuente y los árboles del claustro del convento, los arcos góticos y el techo labrado de símbolos, imaginando que su vida se le escapaba, por cada una de las gotas de agua que retornaban a la fuente en su caída. La tumba ya cavada lo aguardaba y en el lúgubre camastro de su celda, a la luz de la vela que derretía sus noches, volvía a construir pasados momentos en el desordenado laberinto de su memoria. Al recorrer su vista la celda en penumbra reconoció adosado a la pared aquel cuadro pintado por el holandés Bloemaert <sup>(1)</sup> que éste había titulado "la agonía de Cristo". Esta pintura que ahora contemplaba en la penumbra de tenue luz lo trasladó a la ensoñación del paisaje que era el fondo del cuadro, el monte Calvario. Apagó la vela y lo contempló a la pálida luz que se filtraba por la ventana. Vió ahora en él, una indicación, algo que presagiaba un futuro hecho. La figura de Cristo se había movido en la oscuridad del barniz envejecido y al encender de nuevo la vela contempló con serenidad el cambio; las gotas de sangre que enrojecían las espinas de la corona del redentor, seguían cayendo una tras otra, sobre la frente del mesías, pero ahora, eran de verdad. La oscura cruz seguía irguiéndose sobre los tres soldados romanos y María; el pergamino que ondeaba sobre el atormentado cuerpo del hombre conservaba sus cuatro letras I. N. R. I. Con el tiempo, el monje había aprendido a respetar lo secreto del milagro que en el cuadro se había operado y era por ello que aún le costaba más el ponerlo en conocimiento de sus superiores; sin embargo, alguien rezaba en sus adentros para conseguir una bula, un secreto reconocimiento; por ello ahora, cuando cerraba los ojos aguardando el breve sueño, pensaba en el cuadro como proyección de sí mismo, entendedor de la sagrada superioridad redentora de sus antiguos pecados. Al tocar las cinco se despertó con singular pereza. Era ya otro el que miraba desde sus ojos y ese otro lo sustituía bajo los hábitos, ninguno de los otros monjes se apercibió de la sustitución y el otro monje allí trasladado permaneció diez años en el convento y amó al igual que su antecesor, aquel cuadro de Bloemaert; así hasta que una noche, vió moverse al Mesías en su cruz de la oscura tabla y las gotas de sangre deslizarse por las espinas y caer al suelo de la celda. Callando también el milagro, el monje apagó la luz, hasta que un tercer monje lo substituyó en los mismos hábitos, disipándose en la mundana ocupación el segundo monje que en aquella celda había morado. Transcurrieron los años y el tercer religioso, dedicó (amante del arte antiguo, como era) su tiempo en la celda a estudiar las peculiaridades de la tabla, para lo cual, pidió permiso a sus superiores, cosa que le fué dada hacer. Estudió la tabla durante dos lustros, sirviéndose de una lupa que casualmente había encontrado un día sobre su camastro. El estudio de la composición de las figuras le ocupó dos años y el estudio de la técnica pictórica un año más, los restantes siete años los pasó el monje meditando sobre el cuadro, casi doce horas diarias. Llegado el día, se operó el milagro y las púas se enrojecieron de sangre verdadera, algo le hizo dudar del fenómeno en su interior, un dolor repentino le hizo retorcerse, luego cayó muerto sobre el camastro de su celda, de la corona de espinas, caían gotas de sangre al suelo de la celda.

(1) Abraham Bloemaert, pintor holandés, grabadista (Gorinchen 1.564-Utrecht 1.651)



BENARÉS.

Al verificar, que el tiempo, no cesaba nunca de transcurrir uniforme, se volvió escéptico y declarándose en guerra con la sociedad, no cesó de atacar lo que en ella creía mediocre, aún sin saber todavía, que cosa podría ofrecer él a cambio, aunque poco a poco en el transcurso de la época, fué dándose cuenta, interpretando, el origen de su desarraigado ser. Para él aquel hecho de su propia creación, era todavía difuso, aunque no el de la llegada a aquel sagrado lugar de profetas y embajadores cuando él ya gobernaba su destino. Pensaba también en el ocio como una actividad poco rentable, a sus ojos; ya que si bien se perseguía, en cierto modo, la pereza, se exaltaba por el contrario, el don de la consagración al pensamiento y en éste mismo a "La Idea de las diversas Ideas". Es por ello y por su convencimiento de lo vano y lo noble de su vida, que se consagró al que con un soplo, había acariciado su corazón.

Reposando en uno de los templos de la ciudad india de Benarés, consiguió imaginar y considerar su propia, no existencia, aunque volviendo al cabo de cierto tiempo a materializarse. Se daba cuenta, de la división de su propio yo, en dos o seis tipos de actividades que lo absorbían, pronto comprendería sin embargo, que su ser, no andaba lejos de su destino, es más, no tardó en constatar, que su destino, era una sucesión de notas musicales en un piano (no más de cuatro notas) que se combinaban en decisivos tonos para así dar origen en él a otro ser, más ambicioso en el ámbito de su universal esfera.

El verso comenzaba a fluir y él quería continuar descubriendo lo posible e imposible de aquella forma tan áspere y poco elocuente que era una vida absolutamente, en manos de otro; algo confuso y que portaba evocadoramente los misterios del pasado devenir.

© Víctor Esteban





# BENARÉS.

Al verificar, que el tiempo, no cesaba nunca de transcurrir uniforme, se volvió escéptico y declarándose en guerra con la sociedad, no cesó de atacar lo que en ella creía mediocre, aún sin saber todavía, que cosa podría ofrecer él a cambio, aunque poco a poco en el transcurso de la época, fué dándose cuenta, interpretando, el origen de su desarraigado ser. Para él aquel hecho de su propia creación, era todavía difuso, aunque no el de la llegada a aquel sagrado lugar de profetas y embajadores cuando él ya gobernaba su destino. Pensaba también en el ocio como una actividad poco rentable, a sus ojos; ya que si bien se perseguía, en cierto modo, la pereza, se exaltaba por el contrario, el don de la consagración al pensamiento y en éste mismo a "La Idea de las diversas Ideas". Es por ello y por su convencimiento de lo vano y lo noble de su vida, que se consagró al que con un soplo, había acariciado su corazón. Reposando en uno de los templos de la ciudad india de Benarés, consiguió imaginar y considerar su propia, no existencia, aunque volviendo al cabo de cierto tiempo a materializarse. Se daba cuenta, de la división de su propio yo, en dos o seis tipos de actividades que lo absorbían, pronto comprendería sin embargo, que su ser, no andaba lejos de su destino, es más, no tardó en constatar, que su destino, era una sucesión de notas musicales en un piano (no más de cuatro notas) que se combinaban en decisivos tonos para así dar origen en él a otro ser, más ambicioso en el ámbito de su universal esfera. El verso comenzaba a fluir y él quería continuar descubriendo lo posible e imposible de aquella forma tan áspere y poco elocuente que era una vida absolutamente, en manos de otro, algo confuso y que portaba evocadoramente los misterios del pasado devenir.

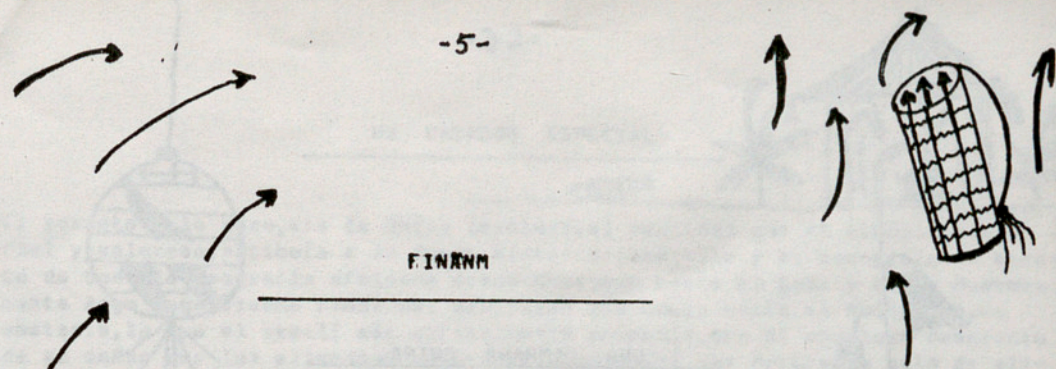
© Víctor Esteban



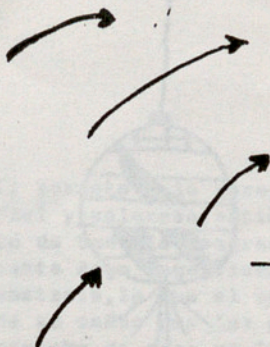
# FINÑNM

Ninguno de los caballeros, había desoído las voces de mando, incluso fueron excesivamente crueles con las tropas enemigas en desbandada. Así y todo, regresarían de la campaña locuaces (según alguien que escuchó las palabras de los conjurados y alertó al rey). Finñnm, enfurecido por lo que creía una rebelión de la oficialidad, los hizo detener y enviar a los profundos y pétreos calabozos de la pequeña fortaleza. Una vez allí, fueron pasando meses de indiferencia para con los tres caballeros. Estos, planearon la huida. Aquella misma luna, el carcelero yacería estrangulado dentro de la oscura y enrejada caverna. De los tres oficiales, no volvió a saberse en adelante pese a que Finñnm dio órdenes de registrar palmo a palmo toda la extensión de coníferas que constituía la región y pase a las elevadas recompensas con las que avivó los ojos y los oídos de los pobladores. Los tres oficiales, no fueron, ciertamente encontrados y Finñnm tuvo que dar por finalizada la búsqueda. Algún tiempo después, otros seis jefes de su guardia personal, morían en diversas y extrañas circunstancias; dos de ellos ahorcados en la caballeriza, uno envenenado con cardenillo y los restantes traspasados por una flecha. Finñnm, se hallaba consternado, en pocos meses su particular ejército había perdido nueve de sus más fieros oficiales y por ende, tres de ellos eran traidores en activo. Los demás soldados fueron movilizados, pues la nueva batalla contra el ejército de Jhōq no se hacía esperar; el mismo Finñnm, decidió ponerse al frente de sus guerreros, las potentes espadas, chocaron en el fondo de un valle rodeado de lagos con grisáceos árboles aunque pronto, entre el estruendo de las armas y el relincho de pavor de algunas caballerías, Finñnm pudo atisbar mezclados entre la tropa enemiga a sus oficiales infieles. Mandó por tres veces a sus arqueros disparar flechas contra ellos y una espesísima nube de éstas se perdió tras la niebla en su dirección. Algunos de los guerreros de Finñnm, también cayeron heridos o muertos, por las flechas ya que las tropas luchaban casi cuerpo a cuerpo. No obstante los tres oficiales conjurados, quedaron muy malheridos, atravesados cada uno por tres o más flechas. El rey Finñnm, acosado ya de muerte por los guerreros de Jhōq decidió rehuir en aquel momento el combate, pese a lo cual ya más de la mitad de sus guerreros quedaron allí, después de dada la orden, tanto era el arrojo de ellos. El resto de las tropas, volvieron con Finñnm a la pequeña fortaleza, orgullosas de haber acabado con la traición. El ejército de Jhōq había permitido la sentencia sólo por aquella vez.

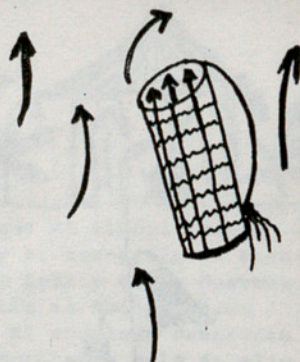
© Víctor Esteban







FINÑNM



Ninguno de los caballeros, había desoído las voces de mando, incluso fueron excesivamente crueles con las tropas enemigas en desbandada. Así y todo, regresarían de la campaña locuaces (según alguien que escuchó las palabras de los conjurados y alertó al rey). Finñnm, enfurecido por lo que creía una rebelión de la oficialidad, los hizo detener y enviar a los profundos y pétreos calabozos de la pequeña fortaleza. Una vez allí, fueron pasando meses de indiferencia para con los tres caballeros. Estos, planearon la huida. Aquella misma luna, el carcelero yacería estrangulado dentro de la oscura y enrejada caverna. De los tres oficiales, no volvió a saberse en adelante pese a que Finñnm dió órdenes de registrar palmo a palmo toda la extensión de coníferas que constituía la región y pese a las elevadas recompensas con las que avivó los ojos y los oídos de los pobladores. Los tres oficiales, no fueron, ciertamente encontrados y Finñnm tuvo que dar por finalizada la búsqueda. Algún tiempo después, otros seis jefes de su guardia personal, morían en diversas y extrañas circunstancias; dos de ellos ahorcados en la caballeriza, uno envenenado con cardenillo y los restantes traspasados por una flecha. Finñnm, se hallaba consternado, en pocos meses su particular ejército había perdido nueve de sus más fieros oficiales y por ende, tres de ellos eran traidores en activo. Los demás soldados fueron movilizados, pues la nueva batalla contra el ejército de Jhōq no se hacía esperar; el mismo Finñnm, decidió ponerse al frente de sus guerreros, las potentes espadas, chocaron en el fondo de un valle rodeado de lagos con grisáceos árboles aunque pronto, entre el estruendo de las armas y el relincho de pavor de algunas caballerías, Finñnm pudo atisbar mezclados entre la tropa enemiga a sus oficiales infieles. Mandó por tres veces a sus arqueros disparar flechas contra ellos y una espesísima nube de éstas se perdió tras la niebla en su dirección. Algunos de los guerreros de Finñnm, también cayeron heridos o muertos, por las flechas ya que las tropas luchaban casi cuerpo a cuerpo. No obstante los tres oficiales conjurados, quedaron muy malheridos, atravesados cada uno por tres o más flechas. El rey Finñnm, acosado ya de muerte por los guerreros de Jhōq decidió rehuir en aquel momento el combate, pese a lo cual ya más de la mitad de sus guerreros quedaron allí, después de dada la orden, tanto era el arrojo de ellos. El resto de las tropas, volvieron con Finñnm a la pequeña fortaleza, orgullosas de haber acabado con la traición. El ejército de Jhōq había permitido la sentencia sólo por aquella vez.





UNA LAMPARA CHINA



Leyó aquel párrafo bajo la ambarina luz, proyectada por una lámpara de seda especial, que había sido adquirida en Hangchow a cambio de un pan de opio,<sup>(1)</sup> por el comerciante encargado de aquel ineludible deber.

Luego de haber leído y asimilado el profundo texto, pudo fijarse más en la finísima pantalla, la cual aparecía como sobrepuesta a tres *vivos* colores que eran amarillo, blanco y negro; éstos configuraban una ilegible palabra. Pasaban las horas de aquella noche y él, fué centrándose más y más en aquel humilde párrafo que la pantalla iluminaba, hasta que pudo percibir en él, letras y números que giraban y se retorcían sobre los pliegues de luz, haciendo ascender y descender, los misteriosos signos, que ni siquiera él, podía en aquel momento descifrar.

Percibió algo en el vertiginoso lino, que nadie había escrito, pero al poco tiempo volvió a recibir la difuminada luz y entonces partiendo de las árdidas formas de la escritura, percibió en ellas, una posible relación con los símbolos teñidos en la pantalla de seda.

Miró la luz escondida en algún lugar tras los signos y supo al instante que ella iluminaría su texto. De esta forma pudo leer:

"Hay un peso en el universo que lo justifica y aclera a la luz; que lo atrae hacia la paz, el placer y la felicidad, pero hay otro peso opuesto a éste, que lo designa para la desazón, el dolor y el hastío; el peso rueda por sí mismo, y no se detiene ya nunca más. Es lo inerte."

A pesar de lo que hubo leído, se tumbó en el camastro de su choza y apagó la luz de la lámpara. Los símbolos trazados en ella y el párrafo escrito en el lino, seguían relacionándose en su mente. Al cabo, el hombre se durmió plácidamente y entre inciertos vapores amarillos, blancos y negros, aquella pantalla y aquel texto se esfumaron de la sencilla e inerte habitación de la choza.

- (1) Se denomina pan de opio, a la masa de narcótico moldeada y dispuesta para su comercio. Su peso varía según la región de origen, pero suele variar entre los 150 y los 300 gramos.

© Víctor Esteban

.. .. .





UNA LAMPARA CHINA



Leyó aquel párrafo bajo la amarillina luz, proyectada por una lámpara de seda especial, que había sido adquirida en Hangchow a cambio de un pan de opio,<sup>(1)</sup> por el comerciante encargado de aquel ineludible deber.

Luego de haber leído y asimilado el profundo texto, pudo fijarse más en la finísima pantalla, la cual aparecía como sobrepuesta a tres vivos colores que eran amarillo, blanco y negro; éstos configuraban una ilegible palabra. Pasaban las horas de aquella noche y él, fué centrándose más y más en aquel humilde párrafo que la pantalla iluminaba, hasta que pudo percibir en él, letras y números que giraban y se retorcían sobre los pliegues de luz, haciendo ascender y descender, los misteriosos signos, que ni siquiera él, podía en aquel momento descifrar.

Percibió algo en el vertiginoso lino, que nadie había escrito, pero al poco tiempo volvió a recibir la difuminada luz y entonces partiendo de las áridas formas de la escritura, percibió en ellas, una posible relación con los símbolos teñidos en la pantalla de seda.

Miró la luz escondida en algún lugar tras los signos y supo al instante que ella iluminaría su texto. De esta forma pudo leer:

"Hay un peso en el universo que lo justifica y aclara a la luz; que lo atrae hacia la paz, el placer y la felicidad, pero hay otro peso opuesto a éste, que lo designa para la desazón, el dolor y el hastío; el peso rueda por sí mismo, y no se detiene ya nunca más. Es lo inerte."

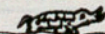
A pesar de lo que hubo leído, se tumbó en el camastro de su choza y apagó la luz de la lámpara. Los símbolos trazados en ella y el párrafo escrito en el lino, seguían relacionándose en su mente. Al cabo, el hombre se durmió plácidamente y entre inciertos vapores amarillos, blancos y negros, aquella pantalla y aquel texto se esfumaron de la sencilla e inerte habitación de la choza.

(1) Se denomina pan de opio, a la masa de narcótico moldeada y dispuesta para su comercio. Su peso varía según la región de origen, pero suele variar entre los 150 y los 300 gramos.

© Víctor Esteban

.. . . .

UN CAZADOR ESPECIAL



El respeto a la caza, era la única (exclusiva) cualidad que el sikári somalí fiel y valeroso, artibufa a su dueño mister Graham; ello y el conocimiento exacto de toda la geografía africana desde Khartoum hasta El Cabo y desde Mombasa hasta Ango Ango, trecho final del azulesísimo río Congo hacia el Atlántico. No obstante, lo que el somalí más difícilmente entendía, era el absoluto desprecio de su señor por los alimentos vegetales, siendo así que Mr. Graham sólo se alimentaba de caza, en los cinco años, que llevaba conviviendo con él. La preliedeción del cazador estribaba sin duda en un intento por aproximar aquellos dos hechos: el de la muerte de la fiera a sus manos y el asado resultante de la pieza, cobrada en el mismo terreno en el que el animal había sido abatido. El somalí, aderezaba la carne de la pieza conseguida, al instante y la ponía a asar mientras Mr. Graham contemplaba todos los preparativos del festín gastronómico, por ejemplo cuando el sikári se disponía como en aquella ocasión a descuartizar un soberbio eland de manchas oscuras y exquisitos cuernos, pensaba observando la pieza, que a sus cincuenta y dos años, bien valía la pena, estar allí, en su tienda fumando una pipa antes del sabroso almuerzo, que correr infames peligros, tan solo que por abatir treinta kilos de marfil o perseguir a un espantado león de las montañas. Buscó en una de las blancas cajas de madera y extrajo de una de ellas una botella de vino de Oporto. La carne que se estaba asando, desprendía un magnífico olor. Sabieron él y su Sikári de la negra botella y comieron durante casi una hora con gran apetito. Otra botella fué descorchada por Mr. Graham, así hasta que la carne se hubo terminado. Luego, el somalí, se echó en tierra a la sombra para dormitar, mientras su señor hacía lo mismo en el camastro de la tienda, protegido por la mosquitera. Oía a los pájaros gorjear y parlotear en las ramas. Pensaba de nuevo en aquel país que no podía olvidar (nunca había sido herido, nunca ningún animal, ni tribu, le acometieron). El somalí, se dedicaba a parlotear con los pájaros que se hacían oír, dejando un intervalo, para preparar algo que olía como a café. La tarde se hacía densa, pesada, las piedras que habían servido de soporte a la leña, aún ardían y en el rojo de las ascuas del crepúsculo, se consumían las últimas luces de la jornada. De repente, cuando Mr. Graham fumaba su segunda pipa, ambos fueron atacados por un rinoceronte que los había venteado; el sikári le diviso muy tarde, cuando el animal embestía la tienda, no tenía tiempo de avisar a su señor que plácidamente fumaba en el interior, la embestida era furiosa; de pronto Mr. Graham aún allí dentro e ignorante del peligro que se cernía sobre él se levantó de la tumbona al tiempo que preguntaba en voz alta a su muchacho -¿Está listo el café? - ante los espantados ojos de éste. El rinoceronte en milésimas de segundo frenó imprevistamente su carrera, distraído sin duda por aquella vocacilla que surgía de dentro de la tienda. Entonces el fusil del indígena disparó contra el pesado animal, rompiéndole la cabeza. Mr. Graham, aturrido por la somnolencia y por el efecto del choque, no percibió hasta un espacio de tiempo superior a tres veces la duración de su vida, que el rinoceronte en efecto, no se había detenido, sino que le había embestido también, ocasionándole la muerte instantánea. El indígena había disparado contra el animal, pero habiendo errado el tiro, el rinoceronte lo había asimismo corneado. El tiempo se desdobló y en cuestión de segundos la vida de Graham se había triplicado en el tiempo. Sin duda aquella dieta animal, aquel copioso almuerzo de Eland y abundante Oporto habían logrado el efecto, no la vida, del alegre e inconsciente cazador..

© Víctor Esteban





El respeto a la caza, era la única (exclusiva) cualidad que el sikári somalí fiel y valeroso, atribuya a su dueño mieter Graham; jello y el conocimiento exacto de toda la geografía africana desde Khartoum hasta El Cabo y desde Mombasa hasta Ango Ango, trecho final del azulísimo río Congo hacia el Atlántico. No obstante, lo que el somalí más difícilmente entendía, era el absoluto desprecio de su señor por los alimentos vegetales, siendo así que Mr. Graham sólo se alimentaba de caza, en los cinco años, que llevaba conviviendo con él. La preliedición del cazador estribaba sin duda en un intento por aproximar aquellos dos hechos: el de la muerte de la fiera a sus manos y el asado resultante de la pieza, cobrada en el mismo terreno en el que el animal había sido abatido. El somalí, aderezaba la carne de la pieza conseguida, al instante y la ponía a asar mientras Mr. Graham contemplaba todos los preparativos del festín gastronómico, por ejemplo cuando el sikári se disponía como en aquella ocasión a descuartizar un soberbio eland de manchas oscuras y exquisitos cuernos, pensaba observando la pieza, que a sus cincuenta y dos años, bien valía la pena, estar allí, en su tienda fumando una pipa antes del sabroso almuerzo, que correr infames peligros, tan solo que por abatir treinta kilos de marfil o perseguir a un espantado león de las montañas. Buscó en una de las blancas cajas de madera y extrajo de una de ellas una botella de vino de Oporto. La carne que se estaba asando, desprendía un magnífico olor. Sabieron él y su Sikári de la negra botella y comieron durante casi una hora con gran apetito. Otra botella fué descorchada por Mr. Graham, así hasta que la carne se hubo terminado. Luego, el somalí, se echó en tierra a la sombra para dormir, mientras su señor hacía lo mismo en el camastro de la tienda, protegido por la mosquitera. Oía a los pájaros gorjear y parlotear en las ramas. Pensaba de nuevo en aquel país que no podía olvidar (nunca había sido herido, nunca ningún animal, ni tribu, le acometieron). El somalí, se dedicaba a parlotear con los pájaros que se hacían oír, dejando un intervalo, para preparar algo que olía como a café. La tarde se hacía densa, pesada, las piedras que habían servido de soporte a la leña, aún ardían y en el rojo de las ascuas del crepúsculo, se consumían las últimas luces de la jornada. De repente, cuando Mr. Graham fumaba su segunda pipa, ambos fueron atacados por un rinoceronte que los había venteado; el sikári le divisó muy tarde, cuando el animal embestía la tienda, no tenía tiempo de avisar a su señor que plácidamente fumaba en el interior, la embestida era furiosa; de pronto Mr. Graham aún allí dentro e ignorante del peligro que se cernía sobre él se levantó de la tumbona al tiempo que preguntaba en voz alta a su muchacho -¿Está listo el café?- ante los espantados ojos de éste. El rinoceronte en milésimas de segundo frenó imprevistamente su carrera, distraído sin duda por aquella vocacilla que surgía de dentro de la tienda. Entonces el fusil del indígena disparó contra el pesado animal, rompiéndole la cabeza. Mr. Graham, aturcido por la somnolencia y por el efecto del choque, no percibió hasta un espacio de tiempo superior a tres veces la duración de su vida, que el rinoceronte en efecto, no se había detenido, sino que le había embestido también, ocasionándole la muerte instantánea. El indígena había disparado contra el animal, pero habiendo errado el tiro, el rinoceronte lo había asimismo cornado. El tiempo se desdobló y en cuestión de segundos la vida de Graham se había triplicado en el tiempo. Sin duda aquella dieta animal, aquel copioso almuerzo de Eland y abundante Oporto habían logrado el efecto, no la vida, del alegre e inconsciente cazador.



# LOS SOLITARIOS Y EL SOLITARIO

Era por aquel tiempo un hombre decaído, como buscador de una soledad sin nuestra y mortecina que fuese apagando poco a poco su luz. Buscó la reflexión entre amplios muebles y un sobrio despacho Adam's, en el cual el mayor de los lujos era la Biblioteca. Esta, abarcaba gran parte de una veteada pared que intentaba dar la apariencia de mármol; el escritorio, con una lámpara de pie, como única fuente de luz, contaba además con una pluma estilográfica y unos folios blancos que se apilaban encima de él. En un rincón del suelo junto a unos tomos sobre la vida de Ramsay y otros de obras de Virginia Woolf había una soberbia vasija de cristal en la que se intufan algunos gramos de láudano y varios cigarrillos de tabaco turco con exquisitos adornos en las boquillas doradas. Un tarro con té y un gato, eran su única compañía en la mansión huida del gentío y de los ruidos de las absurdas máquinas, que sin remontarse por los aires, describían en el suelo instantes congelados e invariablemente perdidos. En aquella soledad enorme que se otorgan, los de ella necesitados, se refugiaba un hombre sencillo y profundo, pero de pasiones vivísimas. Mucho más austero que él era su gato, un ejemplar en plena madurez gatuna, oscuro, sin llegar a negro, de ojos amarillento-verduzcos y también azules y fosforescentes. Su dueño, lo llamaba "Artico", aunque secretamente pensaba que su gato se llamaba Baffin (célebre inglés, descubridor de la tierra ártica que lleva su nombre), o que alguna relación se establecía entre aquel pensativo gato y el sereno explorador de los hielos. En las épocas de primavera, el solitario personaje, se volvía más reservado y ciertas visitas le resultaban poco menos que insoportables, siendo así, que solo consentía mantener una breve y pulcra conversación con esos viajeros o filósofos de aventuras conceptuales, que se alejaban de los treinta y cinco años para acercarse a los cuarenta. Un año ya, transcurrido desde su voluntaria reclusión y lo que pudo adivinar de aquel suceso (relatado en un trozo de periódico que había hallado entre las hojas de un libro), fué lo que le impulsó a reconocer, la inquieta, dudosa, real sucesión; un ser de otro planeta, había fallecido en el desierto, infinito desierto de Libia; probablemente desolado por la extensión de arena blanca o acuciado por el caluroso clima. Reconoció inmediatamente en él a un viajero extraviado, a un ser sensible y audaz, propio de otra región del sistema solar, (aunque habitada por seres ocultos en el suelo y de prolongada y cultísima conversación; la sed no lo entretuvo y alguien pudo verlo morir, descubiertos sus restos y enterrados religiosamente por una caravana de nómadas, habían sido desenterrados desde aquel trozo de diario por nuestro intuitivo personaje. Allí se dirigió. El polvo que allí reposaba era de color rojo y un único cartilago incorruptible también le inquietaba (a él y a los nómadas del hallazgo). Cuando nuestro retraído pensador, leyó aquel recorte, supo que también se encontraba lejos de mantener su propósito y pensó que su robusto gato, su austero y silencioso Baffin ya no volvería a reconocer nunca más después de haber tocado, levemente con los dedos aquel polvo indecifrabable. Abandonó su retiro, miró hacia los astros aquella noche y empezó a escribir con cierta exactitud sobre la Raza Desconocida.

© Victor Esteban



Era por aquel tiempo un hombre decaído, como buscador de una soledad sin nuestra y mortecina que fuese apagando poco a poco su luz. Buscó la reflexión entre amplios muebles y un sobrio despacho Adam's, en el cual el mayor de los lujos era la Biblioteca. Esta, abarcaba gran parte de una veteada pared que intentaba dar la apariencia de mármol; el escritorio, con una lámpara de pie, como única fuente de luz, contaba además con una pluma estilográfica y unos folios blancos que se apilaban encima de él. En un rincón del suelo junto a unos tomos sobre la vida de Ramsay y otros de obras de Virginia Woolf había una soberbia vasija de cristal en la que se intufían algunos gramos de láudano y varios cigarrillos de tabaco turco con exquisitos adornos en las boquillas doradas. Un tarro con té y un gato, eran su única compañía en la mansión huidiza del gentío y de los ruidos de las absurdas máquinas, que sin remontarse por los aires, describían en el suelo instantes congelados e invariablemente perdidos. En aquella soledad enorme que se otorgan, los de ella necesitados, se refugiaba un hombre sencillo y profundo, pero de pasiones vivísimas. Mucho más austero que él era su gato, un ejemplar en plena madurez gatuna, oscuro, sin llegar a negro, de ojos amarillento-verduzcos y también azules y fosforescentes. Su dueño, lo llamaba "Artico", aunque secretamente pensaba que su gato se llamaba Baffin (célebre inglés, descubridor de la tierra ártica que lleva su nombre), o que alguna relación se establecía entre aquel pensativo gato y el sereno explorador de los hielos. En las épocas de primavera, el solitario personaje, se volvía más reservado y ciertas visitas le resultaban poco menos que insostenibles, siendo así, que solo consentía mantener una breve y pulcra conversación con esos viajeros o filósofos de aventuras concepciones, que se alejaban de los treinta y cinco años para acercarse a los cuarenta. Un año ya, transcurrido desde su voluntaria reclusión y lo que pudo adivinar de aquel suceso (relatado en un trozo de periódico que había hallado entre las hojas de un libro), fue lo que le impulsó a reconocer, la inquieta, dudosa, real sucesión; un ser de otro planeta, había fallecido en el desierto, infinito desierto de Libia; probablemente desolado por la extensión de arena blanca o acuciado por el caluroso clima. Reconoció inmediatamente en él a un viajero extraviado, a un ser sensible y audaz, propio de otra región del sistema solar, (aunque habitada por seres ocultos en el suelo y de prolongada y cultísima conversación; la sed no lo entretuvo y alguien pudo verlo morir, descubiertos sus restos y enterrados religiosamente por una caravana de nómadas, habían sido desenterrados desde aquel trozo de diario por nuestro intuitivo personaje. Allí se dirigió. El polvo que allí reposaba era de color rojo y un único cartilago incorruptible también le inquietaba (a él y a los nómadas del hallazgo). Cuando nuestro retraído pensador, leyó aquel recorte, supo que también se encontraba lejos de mantener su propósito y pensó que su robusto gato, su austero y silencioso Baffin ya no volvería a reconocer nunca más después de haber tocado, levemente con los dedos aquel polvo indecifrabable. Abandonó su retiro, miró hacia los astros aquella noche y empezó a escribir con cierta exactitud sobre la Raza Desconocida.

© Victor Esteban

Al hacerse el silencio, pudo escuchar desde su cuarto, los agudos trinos de un desconocido pájaro, que como comprobaría después, procedían de la pieza situada al lado de la suya y que pensaba, había sido desocupada aquella misma tarde. Acercando la oreja a la pared, pudo percibir con mayor nitidez, los que se hacían cada vez más frecuentes y agudos gorjeos del pájaro allí encerrado. Luego comprobaría como aquellos silbidos, partían curiosamente de su propio armario ropero, lugar al que hasta entonces, no había dirigido la atención. Creyendo localizar allí al visitante, abrió una de las puertas de espejo, pudiendo por primera vez contemplar su vuelo. De allí había salido (eso creyó ver) un pájaro de diminuta forma y exquisito plumaje; ahora, se había posado en la propia mesilla del dormitorio. Deslumbrado, por la serenidad de la que el animal hacía gala, se limitó a sentarse enfrente de él, observándolo simplemente y dejándolo a su gusto, para que así halagado, aquel hermoso ejemplar recorriera la estancia y revoloteara a su capricho por la habitación. Pronto, aquel dejó de volar en círculo, para, describiendo una amplísima curva, venirse a posar en uno de los aterciopelados brazos del sillón, en el cual su observador hallábase hundido. En absoluto sorprendido por la audacia del pájaro, el ahora naturalista, entabló pronto mirada con él, a la par que le ofrecía agua en una copa tallada, de las que reposaban en la repisa de su biblioteca. El alado individuo, despreció esta y describiendo otro amplísimo círculo vino a posarse sobre una botella de cristal esmerilado que estaba próxima a una de las ventanas. Extrayendo limpiamente con el pico el tapón de cristal, que cerraba la frasca, el pájaro se apoyó contra ella y alesteando violentamente hizo que cayera al suelo, derramándose casi todo su contenido y rompiéndose aquella en mil pedazos. El observador, seguía impertérrito todas las evoluciones del animal y ni en el último de los casos habría decidido abandonar su lugar en el sillón. Empezaba ya a apuntar el tras las cortinas de la pieza y el pájaro continuaba en la ocupación de absorber por el pico, el licor desparramado en el suelo que ya, empezaba a evaporarse. Una vez satisfecho, alzó el vuelo hacia el magnífico techo de la estancia y describió tres o cuatro convulsivos círculos, antes de caer a plomo, sobre el regazo de aquel que lo empezaba a considerar su raro amigo. Sólo entonces, el angustiado observador, comprobando que el pájaro había cerrado los ojos, bastante aturdido por los efectos del licor, se atrevió a palpar con los dedos aquellas suaves plumas, aquellos colores dedicados por el sol de las inexpugnables montañas, por los ríos inaccesibles de las más profundas cavernas. Sintió las sedosas profundidades de unas plumas, que eran curiosamente, de un cristal finísimo, aunque de tacto parecido a la seda. Luego llevando sus dedos a los ojos del pájaro, separó los duros párpados, para saber; y en aquellos ojos inermes por el aturdimiento, pudo ver, no un mundo, sino diez mundos, que a su vez, lo contemplaban.

© Victor Esteban



# EL REGRESO EN EL PAJARO

Al hacerse el silencio, pudo escuchar desde su cuarto, los agudos trinos de un desconocido pájaro, que como comprobaría después, procedían de la pieza situada al lado de la suya y que pensaba, había sido desocupada aquella misma tarde. Acercando la oreja a la pared, pudo percibir con mayor nitidez, los que se hacían cada vez más frecuentes y agudos gorjeos del pájaro allí encerrado. Luego comprobaría como aquellos silbidos, partían curiosamente de su propio armario ropero, lugar al que hasta entonces, no había dirigido la atención. Creyendo localizar allí al visitante, abrió una de las puertas de espejo, pudiendo por primera vez contemplar su vuelo.

De allí había salido (eso creyó ver) un pájaro de diminuta forma y exquisito plumaje; ahora, se había posado en la propia mesilla del dormitorio. Deslumbrado, por la serenidad de la que el animal hacía gala, se limitó a sentarse enfrente de él, observándolo simplemente y dejándolo a su gusto, para que así halagado, aquel hermoso ejemplar recorriera la estancia y revoloteara a su capricho por la habitación. Pronto, aquel dejó de volar en círculo, para, describiendo una amplísima curva, venirse a posar en uno de los aterciopelados brazos del sillón, en el cual su observador hallábase hundido. En absoluto sorprendido por la audacia del pájaro, el ahora naturalista, entabló pronto mirada con él, a la par que le ofrecía agua en una copa tallada, de las que reposaban en la repisa de su biblioteca. Al lado individuo, despreció esta y describiendo otro amplísimo círculo vino a posarse sobre una botella de cristal esmerilado que estaba próxima a una de las ventanas. Extrayendo limpiamente con el pico el tapón de cristal, que cerraba la frasca, el pájaro se apoyó contra ella y aleutando violentamente hizo que cayera al suelo, derramándose casi todo su contenido y rompiéndose aquella en mil pedazos.

El observador, seguía impertérrito todas las evoluciones del animal y ni en el último de los casos habría decidido abandonar su lugar en el sillón.

Empezaba ya a apuntar el tres las cortinas de la pieza y el pájaro continuaba en la ocupación de absorber por el pico, el licor desparramado en el suelo que ya, empezaba a evaporarse. Una vez satisfecho, alzó el vuelo hacia el magnífico techo de la estancia y describió tres o cuatro convulsivos círculos, antes de caer a plomo, sobre el regazo de aquel que lo empezaba a considerar su raro amigo. Sólo entonces, el angustiado observador, comprobando que el pájaro había cerrado los ojos, bastante aturdido por los efectos del licor, se atrevió a palpar con los dedos aquellas suaves plumas, aquellos colores dedicados por el sol de las inexpugnables montañas, por los ríos inaccesibles de las más profundas cavernas. Sintió las sedosas profundidades de unas plumas, que eran curiosamente, de un cristal finísimo, aunque de tacto parecido a la seda. Luego llevando sus dedos a los ojos del pájaro, separó los duros párpados, para saber y en aquellos ojos inermes por el aturdimiento, pudo ver, no un mundo, sino diez mundos, que a su vez, lo contemplaban.

© Victor Esteban



## LA VENGANZA Y EL EXTASIS

"El más notable acontecimiento de la Historia Moderna, no es quizás la Dieta de Worms, menos aún la batalla de Austerlitz o de Waterloo, o de Peterloo o cualquier otra batalla, sino que es un hecho, comúnmente desdeñado por los historiadores, y algo ridiculizado por los demás; a saber; el hecho de que George Fox se hiciese, un traje completo de cuero."

Thomas Carlyle (Sartor Resartus)

Cuando pudo contemplar por primera vez a la víbora de dos cabezas, ya era tarde; ésta obligada por el instinto, había dejado las marcas de sus cuatro colmillos de marfil, en el tobillo de su estudioso. Éste, satisfecho, por el efecto calmante del veneno, se dejó caer de espaldas al lodazal y privado ya de su razón y disciplina, se mojó la cabeza de negro barro.

Días después, en un hospital de Macao, el estudioso, convaleciente del ataque del reptil, pudo describir, a los doctores que en ello se interesaban, el efecto de la ponzoña, haciéndolo por escrito y de esta forma:

"El efecto del tóxico, es instantáneo y (mortal). En aproximadamente ocho segundos se llega a un estado de muerte aparente, como producto de un colapso de tensión y una parálisis bulbar fulgurante; ello ocurre como consecuencia de la entrada en el torrente sanguíneo de un desconocido alcaloide (ya descrito por el Doctor Walter Hiss de Amberes como hexirfina); éste tóxico es de una efectividad sobre el organismo humano, diez veces mayor que la conocida morfina y muchísimo más tóxica que esta. Pese a detener el corazón y provocar la muerte, por paralización del bulbo, su acción es reversible en el plazo de dos o tres días, volviendo a iniciarse la actividad en el bulbo y remitiendo la acción de la droga, en este margen de tiempo. Los efectos más inmediatos del tóxico son, primeramente, una serie de accesos tales como exaltación, placer vivísimo e incluso irritante y una sensación de flotación y humedad agradable en el cuerpo. Fácilmente se llega al período crítico, en el cual ya se percibe el paso a la muerte. La apnea es progresiva y conduce al estado mencionado, en siete horas de sufrimiento atroz y éxtasis portentoso. Después de llegada la muerte, hay aún placer intelectual y capacidad para percibir el futuro inmediato. A las aproximadamente doce horas, estos efectos remiten, para dar paso a un comeción irritante que se instala por toda la piel y desaparece a la media hora. Después, todas las anteriores sensaciones (exceptuadas las molestas), se vuelven a repetir, aunque centuplicadas y desprendidas del sufrimiento apneico, que ya no aparece; en cambio, se provoca en el envenenado, una sensación pareja a la contenida en el Paraíso, el cual es dado, durante unos instantes entrever. Este nuevo estado, suele alargarse durante un día y medio e inhabilita para el sueño. Por fin, se establece en el ser una relajación intensa y agradable. Se vuelve a la vida, y un sueño profundo, adormece al intoxicado durante casi veinte horas, al fin de las cuales, él, despierta y pregunta: ¿Ha sido servido ya el desayuno, señorita enfermera?"

" " " "

© Victor Esteban



# LA VENGANZA Y EL EXTASIS

"El más notable acontecimiento de la Historia Moderna, no es quizás la Dieta de Worms, menos aún la batalla de Austerlitz o de Waterloo, o de Peterloo o cualquier otra batalla, sino que es un hecho, comúnmente desdeñado por los historiadores, y algo ridiculizado por los demás; a saber; el hecho de que George Fox se hiciese, un traje completo de cuero."

Thomas Carlyle (Sartor Resartus)

Cuando pudo contemplar por primera vez a la víbora de dos cabezas, ya era tarde; ésta obligada por el instinto, había dejado las marcas de sus cuatro colmillos de marfil, en el tobillo de su estudioso. Éste, satisfecho, por el efecto calmante del veneno, se dejó caer de espaldas al lodazal y privado ya de su razón y disciplina, se mojó la cabeza de negro barro. Días después, en un hospital de Macao, el estudioso, convaleciente del ataque del reptil, pudo describir, a los doctores que en ello se interesaban, el efecto de la ponzoña, haciéndolo por escrito y de esta forma:

"El efecto del tóxico, es instantáneo y (mortal). En aproximadamente ocho segundos se llega a un estado de muerte aparente, como producto de un colapso de tensión y una parálisis bulbar fulgurante; ello ocurre como consecuencia de la entrada en el torrente sanguíneo de un desconocido alcaloide (ya descrito por el Doctor Walter Hiss de Amberes como hexirfina); éste tóxico es de una efectividad sobre el organismo humano, diez veces mayor que la conocida morfina y muchísimo más tóxica que esta. Pese a detener el corazón y provocar la muerte, por paralización del bulbo, su acción es reversible en el plazo de dos o tres días, volviendo a iniciarse la actividad en el bulbo y remitiendo la acción de la droga, en este margen de tiempo. Los efectos más inmediatos del tóxico son, primeramente, una serie de accesos tales como exaltación, placer vivísimo e incluso irritante y una sensación de flotación y humedad agradable en el cuerpo. Fácilmente se llega al período crítico, en el cual ya se percibe el paso a la muerte. La apnea es progresiva y conduce al estado mencionado, en siete horas de sufrimiento atroz y éxtasis portentoso. Después de llegada la muerte, hay un placer intelectual y capacidad para percibir el futuro inmediato. A las aproximadamente doce horas, estos efectos remiten, para dar paso a un comezón irritante que se instala por toda la piel y desaparece a la media hora. Después, todas las anteriores sensaciones (exceptuadas las molestas), se vuelven a repetir, aunque centuplicadas y desprendidas del sufrimiento apneico, que ya no aparece; en cambio, se provoca en el envenenado, una sensación pareja a la contenida en el Paraíso, el cual es dado, durante unos instantes entrever. Este nuevo estado, suele alargarse durante un día y medio e inhabilita para el sueño. Por fin, se establece en el ser una relajación intensa y agradable. Se vuelve a la vida, y un sueño profundo, adormece al intoxicado durante casi veinte horas, al fin de las cuales, él, despierta y pregunta: ¿Ha sido servido ya el desayuno, señorita enfermera?"

" " " "

© Victor Esteban

# LA FAMILIA DE ARTISTAS

Iría acompañado de su familia de artistas y cantantes, gentes desdeñosas y serias que escenificaban con gran estilo, obras españolas de autores anónimos del siglo XVI. Recorrieron el sur de Inglaterra y parte de la Bretaña francesa, continuaron hacia el país vasco-francés y allí se ocultaron en una de las inaccesibles cavernas de Lapurdi. Tomaron refugio y alimentos para muchas jornadas y aparecieron a los pocos días en los fríos y neblinosos montes de Tolosa, donde según dicen, el grupo dió una gran fiesta a la luz de la luna llena en un viejo y abandonado caserío. Hubieron danzas y recitados, se comió asado y se encendió un gran fuego. Al amanecer, dispersas las cenizas y ultimado el humo, abandonaron el caserío y continuaron viaje hacia Ataún; allí se instalaron por tres jornadas, dando cerca de una decena de representaciones, habladas en vascuence, idioma del lugar; entre ellas se barajaban títulos de comedias como: "La disposición y el dispuesto", "Juegos del Carnaval", "La velada loquillá o dramas como: "Las antiguas heridas", "La traición al pueblo" o "Una de tantas virtudes". La familia luego de dar treinta funciones en aquel lugar, comunicó al público que asistía a la última su marcha y echaron de menos los dos. Parece que caminaron de vuelta hacia el norte hasta llegar a las enormes grutas de Oyarzun. Un sábado, 25 de noviembre de 1.897 los artistas celebraron en aquellas cuevas el gran festín, despedida suya de aquellas regiones y llegó el amanecer encontrándolos dormidos al calor de las piedras que habían ceñido la hoguera. La muerte les alcanzó con los brillantes rayos que atravesaban el gris de la niebla. En los rescoldos del fuego, se consumían los restos de un plano de pergamino; los cuerpos inermes habían olvidado en el acto del carnero, su propia forma y huían cada vez más lejos de sí mismos, hacia regiones soladas por el agua, que iba manando de una fuente, prendidos entre cálices de flores extinguidas.

© Victor Esteban





LA FAMILIA DE ARTISTAS

Iría acompañado de su familia de artistas y cantantes, gentes desdeñosas y serias que escenificaban con gran estilo, obras españolas de autores anónimos del siglo XVI. Recorrieron el sur de Inglaterra y parte de la Bretaña francesa, continuaron hacia el país vasco-francés y allí se ocultaron en una de las inaccesibles cavernas de Lapurdi. Tomaron refugio y alimentos para muchas jornadas y aparecieron a los pocos días en los fríos y neblinosos montes de Tolosa, donde según dicen, el grupo dió una gran fiesta a la luz de la luna llena en un viejo y abandonado caserío. Hubieron danzas y recitados, se comió asado y se encendió un gran fuego. Al amanecer, dispersas las cenizas y ultimado el humo, abandonaron el caserío y continuaron viaje hacia Ataún; allí se instalaron por tres jornadas, dando cerca de una decena de representaciones, habladas en vascuence, idioma del lugar; entre ellas se barajaban títulos de comedias como: "La disposición y el dispuesto", "Juegos del Carnaval", "La velada loquilla" o dramas como: "Las antiguas heridas", "La traición al pueblo" o "Una de tantas virtudes". La familia luego de dar treinta funciones en aquel lugar, comunicó al público que asistía a la última su marcha y echaron de menos los dos. Parece que caminaron de vuelta hacia el norte hasta llegar a las enormes grutas de Dyarzun. Un sábado, 25 de noviembre de 1.897 los artistas celebraron en aquellas cuevas el gran festín, despedida suya de aquellas regiones y llegó el amanecer encontrándolos dormidos al calor de las piedras que habían ceñido la hoguera. La muerte les alcanzó con los brillantes rayos que atravesaban el gris de la niebla. En los rescoldos del fuego, se consumían los restos de un plano de pergamino; los cuerpos inermes habían olvidado en el acto del carnero, su propia forma y huían cada vez más lejos de sí mismos, hacia regiones asoladas por el agua, que iba manando de una fuente, prendidos entre cálices de flores extinguidas.

© Víctor Esteban











## EL PELIGRO RECORRE EL MAR. ALGUIEN SE SALVA

Cuarenta y nueve versos conmovieron y acallaron a Shan-Hu (jefe de los conspiradores de Hong-Kong y feroz conductor de tres mil orientales, en el asalto a la flota anclada por los británicos en las ya turbidas aguas de la Repulse Bay) Julio de 1856. Mar del Este de China. Un escritor inglés apellidado Prakash pudo aquella noche salvar su vida, en el desorden del asalto, gracias a que el rebelde chino Shan-Hu, había estudiado en Edimburgo, no hacía más de cinco años algunas dificultades de su poeta predilecto: Pope. Prakash, debía su vida a un noble y a la vez a un intelectual, aún más, debía su existencia a Edimburgo, (a Pope), a Inglaterra (patria de poetas), que a su vez oprimía la más extraordinaria ciudad de la China Oriental.

Shan-Hu, liberándolo en persona de varios puñales que empeñados fanáticos, ya le mostraban, había llegado hasta él. Prakash había leído a Pope y por alguna circunstancia relacionada con su ya casi inevitable muerte, recordó en aquel instante y saludó de aquella melancólica forma al que creía su ejecutor. Shan-Hu, sanguinario en combate, había gustado de aquella patética nota, embriagado por el estruendo de los buques que saltaban en astillas, embriagado por el fuego y el ruido de los disparos; luego, había dejado ir a Ramsay Prakash a través de los encendidos y tenebrosos muelles de la Bahía de la Repulse. Los cuarenta y nueve versos, que el inglés haría a su muerte inscribir en la lápida, terminaban así:

"Some keep assemblies, and would keep the steus (45)  
some whit fat Bucks on Childless Dotards fawn (46)  
some win rich widows by their Chine and Brawn (47)  
while whit the silent growth of ten per cent (48)  
In Dirt and darkness huddreds stink content." (49) (2)

El párrafo final, había sin duda gustado a Shan-Hu por su audacia y también por su manera de ser expresado en los labios de un muñeco, en manos de la muerte, asimismo, por la exacta alusión del verso cuarenta y siete. El reflejo de Prakash había salvado su, de otra manera incierta vida. A lo largo de los años, el escritor británico recordaría la extraña "anécdota", aunque nadie la conociera, hasta que, descubierto el testamento del escritor, se comprobó la inclusión en una de las cláusulas del rebelde Shan-Hu y de su descendencia, beneficiarios de una fortuna cifrada en doscientas mil libras.

En un apartado de la mención testamentaria, se relataba también el incidente y se solicitaba en la lápida la inscripción de los cuarenta y nueve versos. Lo que jamás pudo saber Prakash, es que su libertador, el rebelde Shan-Hu, había muerto, minutos después del encuentro, víctima de una explosión, en una escaramuza contra las tropas británicas en Lyemun Pass. El paterchado destino, quiso que aquellos versos de Pope, en los labios de un prisionero, hubieran sido también el último epitafio, del noble y sensible conspirador.

(1) rimas

(2) TRAD.-

"Algunas asisten a reuniones clandestinas, y visitan prostíbulos  
otras, ilustres, acarician a viejos estériles  
Algunas consiguen ricas viudas debido a su figura y fortaleza  
Mientras la minoría madura lentamente  
En la basura y la oscuridad cientos se pierden."

- THE FIRST EPIITILE OF THE FIRST  
BOOK OF HORACE IMITATED -  
Alexander Pope (1688-1744)

© Víctor Esteban



CONFLICTO CHINO. - Militar mandarín

He casa al lado del cementerio. Continúa, tarde. No recomendado para menores de 18 años.

## L'HOSPITALET

Continental. 249 70 21 / Carretera de Coliblanco, 3.  
- Bat Alvet i Con faldas revoloteas. Continúa, tarde. No recomendado para menores de 13 años.

## LÉRIDA

Bahia. 26 80 19 / Ramón y Cajal, 2.  
- Rebeles temerarios. Continúa, tarde. No recomendado para menores de 13 años.  
Bonals. 24 80 34 / Bonals, 16.  
- Un parell d'ous. Continúa, tarde. No recomendado para menores de 13 años.  
Catalunya. 26 96 38 / Cavallers, 1.  
- La cama llena un pequeño y Eric, oficial de la reina. Programa "S". Continúa, tarde. Mayores de 18 años.

*[Handwritten notes in Catalan, mostly illegible due to cursive script and overlap with other text.]*



EL PELIGRO RECORRE EL MAR. ALGUIEN SE SALVA



Cuarenta y nueve versos conmovieron y acallaron a Shan-Hu (jefe de los conspiradores de Hong-Kong y feroz conductor de tres mil orientales, en el asalto a la flota anclada por los británicos en las ya turbidas aguas de la Repulse Bay) Julio de 1856. Mar del este de China. Un escritor inglés apellidado Prakash pudo aquella noche salvar su vida, en el desorden del asalto, gracias a que el rebelde chino Shan-Hu, había estudiado en Edimburgo, no hacía más de cinco años algunas dificultades, de su poeta predilecto: Pope. Prakash, debía su vida a un noble y a la vez a un intelectual, aún más, debía su existencia a Edimburgo, (a Pope), a Inglaterra (patria de poetas), que a su vez oprimía la más extraordinaria ciudad de la China Oriental.

Shan-Hu, liberándolo en persona de varios puñales que empuñados fanáticos, ya le mostraban, había llegado hasta él. Prakash había leído a Pope y por alguna circunstancia relacionada con su ya casi inevitable muerte, recordó en aquel instante y saludó de aquella melancólica forma al que creía su ejecutor. Shan-Hu, sanguinario en combate, había gustado de aquella patética nota, embriagado por el estruendo de los buques que saltaban en astillas, embriagado por el fuego y el ruido de los disparos; luego, había dejado ir a Ramsay Prakash a través de los encendidos y tenebrosos muelles de la Bahía de la Repulsa. Los cuarenta y nueve versos, que el inglés haría a su muerte inscribir en la lápida, terminaban así:

"Some keep assemblies, and would keep the stews	(45)
some whit fat Bucks on Childless Dotards fawn	(46)
some win rich widows by their Chine and Brawn	(47)
while whit the silent growth of ten per cent	(48)
In Dirt and darkness hundreds stink content."	(49) (2)

El párrafo final, había sin duda gustado a Shan-Hu por su audacia y también por su manera de ser expresado en los labios de un muñeco, en manos de la muerte, asimismo, por la exacta alusión del verso cuarenta y siete.

El reflejo de Prakash había salvado su, de otra manera incierta vida. A lo largo de los años, el escritor británico recordaría la extraña "anécdota", aunque nadie la conocería, hasta que, descubierto el testamento del escritor, se comprobó la inclusión en una de las cláusulas del rebelde Shan-Hu y de su descendencia, beneficiarios de una fortuna cifrada en doscientas mil libras.

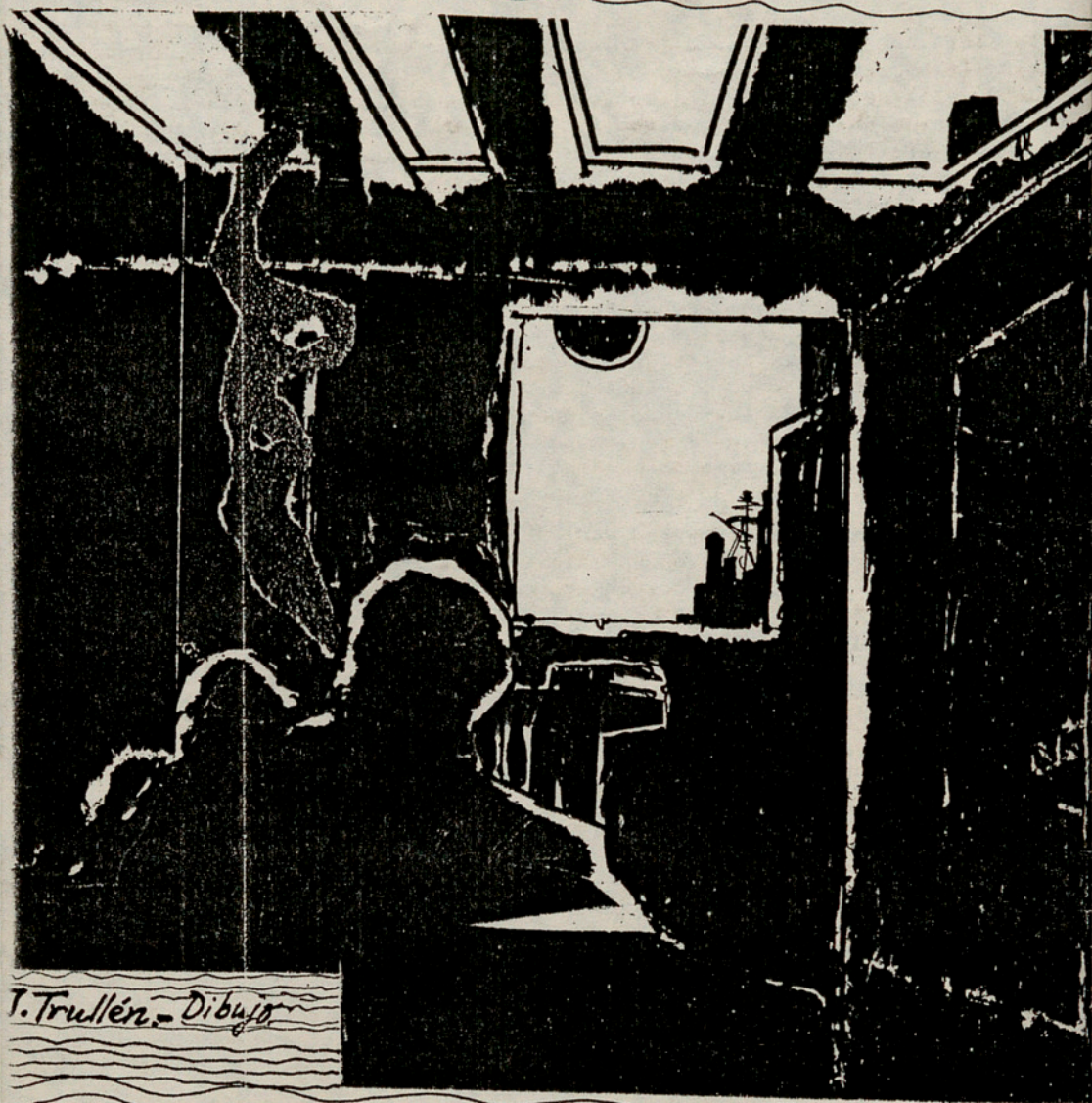
En un apartado de la mención testamentaria, se relataba también el incidente y se solicitaba en la lápida la inscripción de los cuarenta y nueve versos. Lo que jamás pudo saber Prakash, es que su libertador, el rebelde Shan-Hu, había muerto, minutos después del encuentro, víctima de una explosión, en una escaramuza contra las tropas británicas en Lyemun Pass. El pertrechado destino, quiso que aquellos versos de Pope, en los labios de un prisionero, hubieran sido también el último epitafio, del noble y sensible conspirador.

(1) rimas

(2) TRAD.- "Algunos asisten a reuniones clandestinas y visitan prostíbulos  
otros, ilustres, acarician a viejos estériles  
Algunos consiguen ricas viudas debido a su figura y fortaleza  
Mientras la minoría madura lentamente  
En la basura y la oscuridad cientos se pierden."

- THE FIRST EPIITILE OF THE FIRST  
BOOK OF HORACE IMITATED -  
Alexander Pope (1688-1744)





T. Trullén - Dibujo